

La persistencia del ángel

Isabel Robles-Gómez¹

¹Escritora. Universidad de Valencia. Correo: is-robles@hotmail.com

Deseo agradecer encarecidamente a la Dra. Ivonne Suárez Pinzón, Directora del Archivo General de la Nación de Colombia, y Directora de la revista *Cambios y permanencias*, Revista de la Escuela de Historia y Archivística de la Universidad Industrial de Santander, su generosa invitación a colaborar en ella. La estimada poeta y amiga Sofía Rodríguez García, me hizo llegar personalmente esta invitación, que considero un honor y un placer para mi. Pero también, confieso, me llenó de responsabilidad. Cuando Sofía me propuso escribir un artículo sobre las mujeres, desde una óptica feminista, con la temática concreta que yo eligiera, lo primero que pensé y verbalicé fue que la idea me gustaba mucho, que me encantaría y agradecía la confianza depositada en mi, pero de inmediato me planteaba una seria dificultad: de qué podría escribir yo, qué sabía yo, que pudiera interesar sobre todo a las mujeres colombianas, aunque no solo a ellas.

Aunque quizá hubiera sido interesante, no me convencía el escribir una panorámica del feminismo -o dicho con más propiedad, de los feminismos-, en el estado español hoy día, sus logros después de cuarenta y ocho años de lucha -a partir de la muerte del dictador Franco-, o de las aspiraciones todavía pendientes; o de los valientes y plurales derechos y reivindicaciones -sin obviar las polémicas que surgen en los procesos-, que esta tercera ola del feminismo, o bien cuarta según se considere, se propone conquistar para la vida de las mujeres en lo personal y en lo político. No me convencía porque hubiera sido un objetivo demasiado amplio para mis propósitos, y que me exponía a un resultado esquemático e incompleto, como puede ocurrir al estudiar temáticas muy amplias en espacios breves ya que hay que sintetizar y seleccionar al máximo. Pero, además, creo que para ubicarme con claridad sobre algunos aspectos de esta tercera ola en la que vivimos -me formé y milité en los años setenta y sucesivos del siglo pasado, o sea durante el llamado segundo feminismo, hoy día segunda ola, o tercera-, todavía me faltan algunas lecturas, algunas reflexiones, observar la realidad con calma y distinguir qué y quiénes verdaderamente quieren conseguir justicia e igualdad para las mujeres y qué y quiénes persiguen los intereses ajenos a esta causa: los oportunistas, los manipuladores, los retrógrados, o los que tratan de hacer fracasar el movimiento feminista, por muy revolucionarios que pretendan ser sus discursos y eslogans. Posiblemente también me falta algún intercambio de opiniones, principalmente con mujeres que quieran dialogar, en vez de imponer sus convicciones al creerse portadoras de la verdad, puede que debido a su antiguo pedigrí.

Precisamente, en aquellos minutos de la invitación y mi reparo, “de qué sé yo que pueda interesar a las mujeres colombianas”, me vino a la mente un asunto posible que recogí con rapidez y motivación, y así se lo expuse a Sofía Rodríguez García: escribiría sobre un tema que hacía mucho tiempo que quería escribir, sobre el “Ángel de la Casa” y los conceptos y situaciones adonde pudiera llevar.

En una época en que leí y estudié asiduamente la teoría y la crítica literaria feministas, disciplinas que como es sabido debieron su aparición y desarrollo, entre muchas otras, al movimiento feminista de finales de los años sesenta y setenta mencionado, le dediqué bastante atención a Virginia Woolf y cuando tuve una idea clara de su pensamiento crítico literario y feminista, publiqué en 1986 el artículo “Virginia Woolf: Una ginocrítica pròpia”.¹ Respecto a esta, conviene recordar el gran cambio en la teoría y la crítica literarias a finales de los años sesenta, que la profesora, escritora, crítica literaria, periodista, académica estadounidense y activista Elaine Showalter no dudó en calificar de “revolución”. Porque revolución es sin duda dejar de considerar que el lector representativo, el escritor y crítico de la literatura occidental, es varón, y demostrar que la lectoras y críticas literarias aportan diferentes percepciones y expectativas a su experiencia literaria, e insistir que las mujeres también han contado las historias de nuestra cultura.²

Concretando aun más esta revolución, la teoría y crítica literaria feminista se presentó en dos vertientes conocidas como la *crítica feminista* y la *ginocrítica*. La primera se ocupaba de la *mujer como lectora* de la literatura escrita por hombres, de las imágenes y estereotipos de la mujer en la literatura, las omisiones y los conceptos erróneos que sobre ellas hace la crítica, las fisuras en la historia literaria construida por hombres; sin olvidar la explotación y la manipulación de la audiencia femenina -sobre todo en la cultura popular y en el cine- y el análisis de la mujer-como-signo en los sistemas semióticos. La segunda, la *ginocrítica*, que tanto el inglés *gynocritics* como nosotros adaptamos del francés *la gynocritique*, se ocupaba de la *mujer como escritora*, como productora del significado textual, de la historia, los temas, los géneros y las estructuras de la literatura escrita por mujeres. Los temas por los que se interesaba son la psicodinámica de la creatividad femenina, la lingüística y la existencia o no de un lenguaje propio, la trayectoria individual y colectiva de una carrera literaria femenina, la historia literaria y, por supuesto, el estudio de obras y escritoras en concreto.³

Me he desviado por este pequeño rodeo porque me parecía apropiado recordar la existencia de un saber y una práctica durante el segundo feminismo a los que Virginia Woolf se anticipó, sobre los que reflexionó, escribió y difundió. Porque captó en su momento problemas y valores de la obra literaria escrita por mujeres, con una agudeza y precisión que hoy continúan vigentes en muchos aspectos, tanto si compartimos con ella toda su teoría o disentimos en algún punto de su cuidada elaboración; sin negar que la crítica feminista de los años sesenta y posteriores, naturalmente, avanzó en los caminos existentes y desarrolló otros de gran importancia.

Pero Virginia Woolf no solo teorizó sobre la obra de arte y la creación, sino que escribió también en defensa de las libertades y derechos a los que cualquier mujer pudiera aspirar para conseguir una vida más digna, contemplando, por ejemplo, las diferentes profesiones para ellas. O, en otro caso, refiriéndose a la clase “que se ha dado en llamar, por razones de comodidad, la clase culta”, para reclamar el derecho a recibir formación al igual que sus hermanos, tal y como expresa en *Tres Guineas* cuando escribe que las familias reservaban el “Fondo de Educación de Arthur”, FEA, para los varones. O sea, el dinero destinado a la formación de los mismos, a su vida social posterior y a los viajes, que también formaban parte de su formación, y además la pensión que el padre fijaba antes de que uno pudiera ganarse la vida y le permitía

¹ *Encontre d'Escriptors del Mediterrani*, núm. 1 (1986), pp. 87- 95

² “The Feminist Critical Revolution”, en *The New Feminist Criticism. Essays on Women, Literature and Theory*, Pantheon Books, New York, 1985, p.3.

³ En la división de estas dos vertientes críticas sigo el trabajo d'Elaine Showalter “Toward a Feminist Poetics”, en *op.cit.*, p.128. Respecto de la *crítica feminista* continúa siendo interesante Jonathan Culler, *Sobre la deconstrucción*, Cátedra, Madrid, 1984, p.44 y siguientes, “Leyendo como una mujer”, por la recopilación de autores y textos que hace. Y, naturalmente, la obra clásica de esta forma de hacer crítica literaria que es la de Kate Millet, *Sexual Politics*, Avon Books, New York, 1969. Expuse estos conceptos y esta información en el artículo mencionado, ps. 88 y 95.

vivir.⁴ Y, por lo que se refiere a las mujeres como escritoras, claramente afirmaba que deberían apuntar a una literatura propia independiente de servidumbres económicas y de temores en el proceso de la creación. Sin temor a caer en la exageración, podríamos considerarla como pionera de *la crítica feminista y de la ginocrítica*, o como quiera que llamemos a una perspectiva feminista, ya sea como lectoras o como escritoras de la obra literaria. Al respecto dice Michèle Barrett, en el Prólogo a *Las mujeres y la literatura*: “en la obra de Virginia Woolf, globalmente considerada, encontramos un buen número de elementos de una muy desarrollada teoría crítica feminista.”⁵

Así pues, volviendo al artículo que publiqué en 1986, a partir de cuestiones fundamentales que la autora plantea a lo largo de *A Room of One's Own* (1929)⁶ -¿Qué condiciones son necesarias para la creación de obras de arte? ¿Qué efecto tiene la pobreza sobre la novela? ¿Cuál es el estado mental más propicio para el acto de creación?-, agrupé su pensamiento crítico feminista, a efectos de sistematización, en cuatro apartados: 1.”Las condiciones materiales de la creación”; 2.”Las condiciones inmateriales de la creación”; 3.”La androginia en la escritura”; y 4.”El punto de vista de la diferencia”. Al leer y estudiar el material para elaborar el apartado 2, me topé con el “Ángel de la Casa” al que reconocí en seguida como si fuera de mi familia y del que no me olvidaría jamás. ¿Cómo podría olvidarlo?, conocía al personaje de sobra porque, portador y vigilante de los valores e intereses del patriarcado y más tarde del capitalismo, sobrevive a los siglos adaptándose a las circunstancias para perdurar y traspasarlas fronteras. Pero no sabía su nombre.

Aunque este se debe en su origen a la poesía, y posteriormente a la creación en general, se puede detectar en cualquier otra situación o valor que tenga que ver con la feminidad, con todo lo femenino; o, dicho de otra manera, con el invento construido por la cultura patriarcal, destinado a las mujeres, para que aprendan, acepten y practiquen una máxima muy sencilla: que su felicidad consiste en hacer felices a los demás; sin importar que las mujeres carezcan de vida propia y sean unas solemnes dependientes, sin criterio ni aspiraciones. Lo importante es conseguir que la superioridad y el poder de un sexo predomine, que el otro sea inferior y sumiso, y que, además, lo acepte con alegría.

Pero veamos en qué consistía esta construcción del “Ángel de la Casa”. Se trata del título de un poema narrativo, “The Angel in the House”, del poeta y crítico inglés Coventry Patmore (1823-1896), relato de la relación con su primera esposa, Emily Augusta Andrews (1824-1862), a la que consideraba el ideal de mujer victoriana. Conocido desde finales del siglo XIX en que consiguió gran fama, aunque fue publicado en 1854, este ideal contemplaba una serie de virtudes sociales aceptables en la época que la mujer cultivaba dentro de la familia como esposa y madre sacrificada, amorosa, plena de dulzura, dependiente del marido y siempre definida en relación a él.

Con este personaje se encontró Virginia Woolf cuando trataba de escribir libremente sus novelas. Había unas condiciones materiales previas, más básicas, que describió y reivindicó hasta la saciedad en *Una habitación propia*, la necesidad de disponer de unas condiciones materiales dignas para llevar a cabo el acto de la creación: un espacio propio para escribir libre y tranquilamente sin las interrupciones frecuentes a causa del trabajo del hogar, o la inseguridad que produce la autocensura al compartir la sala familiar -recordemos a Jane Austen escondiendo los manuscritos o cubriéndolos con un secante-. Por otra parte estaba el dinero, la asignación económica que permite la formación para convertirse en escritora y, asimismo, para no depender de nadie. Recordemos lo que escribió en relación a aquellas 500 libras que recibió como herencia de una tía. Tal es la importancia de la riqueza o la pobreza que entre el derecho político y el dinero prefiere este:

La noticia de mi herencia me llegó una noche, más o menos al mismo tiempo que se aprobaba una ley que les concedía el voto a las mujeres. Una carta de un notario cayó en mi buzón y al abrirla me encontré con que mi tía me había dejado quinientas libras al año hasta el final de mis días. De las dos cosas -el voto y el dinero- el dinero, lo confieso, me pareció sobre todo lo más importante. Hasta entonces me había ganado la vida mendigando trabajillos en los periódicos, informando de una exposición de asnos o una boda; había ganado

⁴ Traducción de Andrés Bosch, Editorial Lumen, Barcelona, 1980 p. 11.

⁵ Editorial Lumen, Barcelona, 1979, p.19.

⁶ Utilizaré en adelante la versión castellana, *Una habitación propia*, Traducción de Laura Pujol, Seix Barral, Barcelona, 1980.

algunas libras escribiendo sobres, leyendo a ratos para viejas señoras, haciendo flores artificiales, enseñando el alfabeto a niños pequeños en un *kindergarten*. Estas eran las principales ocupaciones permitidas a las mujeres antes de 1918.⁷

Las palabras de Virginia Woolf pueden parecer elitistas, igual lo son y no seré yo quien la defienda, pero quiero añadir otras al respecto para dar una visión más completa de lo que significaba la independencia económica para ella, y podemos presumir que también para todas las mujeres. El valor del dinero no solo significa la independencia económica y la libertad de movimiento, sino también la libertad mental que este proporciona. Es interesante considerar la evolución que su mente experimentó al enterarse de la herencia; desde ese momento cesaron el esfuerzo y la lucha pero también el odio y la amargura. Dice así:

No necesito odiar a ningún hombre; no puede herirme. No necesito halagar a ningún hombre; no tiene nada que darme. De manera que, imperceptiblemente, fui adoptando una nueva actitud hacia la otra mitad de la especie humana. Era absurdo culpar a ninguna clase o sexo en conjunto. Las grandes masas de gente nunca son responsables de lo que hacen. Las mueven instintos que no están bajo su control. También ellos, los patriarcas, los profesores, tenían que combatir un sinnúmero de dificultades, tropezaban con terribles escollos. (...) Y al darme cuenta de estos escollos, el temor y la amargura se fueron transformando poco a poco en piedad y tolerancia; y luego, al cabo de un año o dos, desaparecieron la piedad y la tolerancia y llegó la mayor liberación de todas, la libertad de pensar directamente en las cosas.⁸

Sin duda Virginia Woolf pertenecía a la clase media privilegiada y a un grupo de intelectuales selecto, el de Bloomsbury; ¿a quién, si no, se le ocurriría comprarse un gato persa con el dinero -una libra, diez chelines y seis peniques- que le llegó de su primer texto publicado? A ella, pero es consciente de su gesto y no lo oculta. El primer día del mes siguiente, cuando recibió el cheque, lo califica de glorioso, pero también es capaz de aplicarse una cierta autocrítica. Así lo relata en la conferencia que dio a las mujeres de The Women's Service League, "Professions for Women":

Pero, para mostraros que poco merezco que me llamen mujer profesional, que conozco poco las luchas y las dificultades de esas vidas, tengo que admitir que en vez de gastar aquella cantidad en pan y manteca, en alquiler, zapatos y medias o en la cuenta de la carnicería, fui y me compré un gato: un precioso gato persa que pronto me implicó en amargas discusiones con los vecinos.

¿Qué podría ser más fácil que escribir artículos y comprar gatos persas con los beneficios?⁹

No dudamos de que para una mujer de cualquier clase social sería "un día glorioso", una auténtica fiesta, recibir el pago del primer trabajo (incluso hoy también), porque tiene valor reconocido y, además, porque aporta libertad; lo que ocurre es que la fiesta se suele celebrar de una u otra manera según se tenga un origen u otro. A pesar de todo, sabemos que ella tenía presente la desigualdad entre un sexo y otro, y denunciaba la tiranía y el poder ejercidos por los hombres sobre las mujeres tanto en sus ensayos como en sus novelas.

Tampoco era ajena a la lucha feminista. Herbert Marder escribe en *Feminismo y Arte. Un estudio sobre Virginia Woolf*, que en el momento en que vendió sus primeras críticas y se vio animada a pensar seriamente en hacerse escritora, las sociedades de sufragistas que habían existido desde hacía casi cuarenta años, pero sin llamar demasiado la atención, cobraron auge, en 1903, cuando Emmeline Pankhurst fundó una nueva sociedad, la "Women's Social and Political Union" (WSPU) (Unión Social y Política de las Mujeres) en Manchester.¹⁰ Por otra parte, cuando Virginia Stephen se casó con Leonard Woolf, crítico social y socialista, en 1912, otro momento de transición en la vida de la escritora, la agitación militante alcanzó su mayor auge en el periodo de 1911 a 1913. No ignoraba toda la lucha sufragista ni el resto de las reivindicaciones que las mujeres perseguían. Aunque es cierto que se mantenía alejada de las manifestaciones públicas, a causa de su salud y de su elitismo: "Era una dama y pertenecía a una élite intelectual: aristocrática y distante", que

⁷ Ps. 53-54.

⁸ *Op.cit.*, ps. 54-56.

⁹ Texto leído en The Women's Service League, en 1931, y que fue publicado póstumamente en *The Death of the Moth and other essays*, (*La muerte de la polilla*). Rendered into HTML on Wed Oct 30, 2002, by Steve Thomas for The University of Adelaide Library Electronic Texts Collection. Visitado el día 4 de marzo, 2023. Traducción d'I.R.G.

¹⁰ Tribuna Feminista, Versión castellana de Rosa Aguilar, Editorial Debate, Madrid, 1979, p. 24.

dirigía su energía hacia temas diferentes a los de la mayoría de las feministas, más preocupadas en eliminar abusos específicos; “su actitud era menos práctica que la de aquellas, (pero) su visión era en cambio más comprensiva.”¹¹ Escribía, a pesar de todo, artículos y daba conferencias a mujeres pertenecientes a otras clases sociales, por ejemplo “Recuerdos de un gremio cooperativo de trabajadoras”, a las que animaba a valorarse, a ganar seguridad y a luchar por los propios derechos. También era consciente de la importante relación que existía entre la vida de las mujeres comunes y las escritoras, tal y como señala en el artículo “Las mujeres y la narrativa”:

La mujer extraordinaria está en función de la mujer ordinaria. Solamente cuando sabemos cuáles son las circunstancias en que vive la mujer normal -su número de hijos, si tiene dinero propio, si tiene una habitación para su uso exclusivo, si cuenta con quien le ayude en la educación de sus hijos, si tiene servidumbre, si participa en las tareas hogareñas-, solamente cuando podemos medir el modo de vida y las experiencias vitales a que tiene acceso la mujer ordinaria, podemos explicar el éxito de la mujer extraordinaria, en cuanto escritora.¹²

La escritora como tal, pero también como mujer, además de conquistar todas las libertades y derechos de tipo material mencionados, tenía que vencer una serie de obstáculos que quizás comienzan por los propios fantasmas, es así como se consiguen las condiciones inmateriales adecuadas para la creación. Entre los primeros, un ángel que tienta a no escribir, a no decir lo que se piensa, a halagar al hombre, al sacrificio en favor de los otros. Virginia Woolf también tendría que librar una batalla con cierto fantasma: una mujer a la que le puso el nombre de la protagonista del famoso poema de Coventry Patmore, mencionado anteriormente: “El Ángel de la Casa”. El Ángel solía obstaculizar su trabajo, era intensamente comprensiva, inmensamente encantadora, carecía de egoísmo. Se sacrificaba a diario. Si había pollo se quedaba con la pata;¹³ si había una corriente de aire allí se sentaba. Estaba constituida de tal manera que no poseía ni opinión ni deseo propios. Y, sobre todo, era pura. Su pureza constituía su principal belleza, y los rubores su mayor gracia. Cuando empezó a escribir, reseñaba la novela de un hombre famoso, el Ángel proyectó la sombra de sus alas sobre la página y el rumor de sus faldas se oyó en la habitación mientras se deslizaba por detrás de Virginia y le decía en voz baja que fuera comprensiva, que estaba escribiendo sobre un hombre, que fuera tierna, que halagara y engañara utilizando la astucia de su sexo. Que nunca permitiera creer a nadie que pensaba por ella misma. La escritora reaccionó agradeciéndolo a algunos de sus ancestros admirables, porque le habían dejado la herencia de las quinientas libras, y no necesitaba depender de su encanto para vivir, de lo cual se sentía orgullosa:

¹¹ *Op. cit.*, ps. 26 - 27.

¹² En *La torre inclinada y otros ensayos*, Traducción de Andrés Bosch, Editorial Lumen, Barcelona, 1977, ps. 162-63. No dudamos de que la acepción de “ordinaria” que utiliza el traductor es la de “común”, “regular y que sucede con frecuencia”, y no ninguna otra peyorativa como “vulgar”, “despreciable” o “grosera”.

¹³ Después de haber tenido ocasión de consultar el texto en el original, “Professions for Women”, he resuelto la pregunta que desde hace años me perseguía, sin duda a causa de los posibles peligros de la traducción: ¿Cómo es que el Ángel de la Casa cuando hay pollo se queda con la “leg” en inglés, en castellano en más de una ocasión con la “pierna”, o en catalán con la “cuixa”? (traducción de “muslo”). No veía yo tanto sacrificio por su parte. Entre nosotros cuando hay pollo siempre se ofrecen para empezar, y generalmente según la jerarquía de los comensales de casa, o en su caso de los invitados, las dos partes más nobles del ave ya guisada. Se suele decir: “¿Qué prefieres pechuga o muslo?” Si fuera de cordero o cerdo usar “pierna” estaría bien. el *Diccionario Oxford Español-Inglés, Inglés-Español*, por ejemplo, lo deja muy claro: “**leg**1 (Anat) (of person) pierna *f*; (of animal, bird) pata *f* / **2** (a)(Culin) (of lamb, porc) pierna *f*; perril *m* (Col); (of chicken) pata *f*; muslo *m*. (Pero, atención, que no son la misma parte).

Es cierto que la “pata” ya estaría más próxima al sacrificio que la otra posibilidad del “muslo” -por eso he optado por ella en mi versión-, sobre todo por lo que se refiere a la cantidad de carne jugosa. Aunque, si hablamos de gustos, hay gustos para todo y hay que respetarlos. Aquí a los supervivientes de la Guerra Civil española y la posguerra, las patas les solían gustar bastante, luego fueron cayendo en desuso al igual que otras partes menos nobles del ave; o sea, también hay que contar para los gustos de cada persona con las necesidades que ha pasado, los medios al propio alcance y la cultura y la economía del aprovechamiento al máximo de la comida disponible. De cualquier manera, no he debido de ser la única con el problema lingüístico porque he encontrado una traducción del mismo fragmento en el que la traductora ha optado por traducir la palabra “leg” por “ala” (que en inglés es “wing”, decididamente, como las alas que el Ángel extendía sobre la página de Virginia Woolf), y arreglado! Que también tiene menos cantidad de carne que el “muslo”, y que ya podría ser algo de más sacrificio, porque volviendo a la aceptación culinaria y los gustos, desde hace tiempo, entre nosotros, las “alas” de pollo han conquistado casi el lugar de delicatessen. (Ruego que se me perdone esta larga digresión, que no es otra que la de una traductora y sus tribulaciones ante el posible malentendido).

Me di la vuelta hacia el Ángel y le eché las manos al cuello. Puse todo mi empeño en matarlo. Mi excusa, si me tienen que llevar ante los tribunales de justicia, sería que actué en legítima defensa. Si no la hubiera matado, me habría matado ella. Me habría arrancado el corazón de mis escritos. Porque, (...) no se puede revisar ni siquiera una novela sin tener un pensamiento propio, sin expresar lo que crees que es la verdad sobre las relaciones humanas, la moral, el sexo. Y todas estas cuestiones, según el Ángel de la Casa, las mujeres no las pueden tratar libremente ni de manera abierta; tienen que cautivar, conciliar, tienen que -para decirlo sin rodeos- contar mentiras si quieren tener éxito. (...) Tardó en morir. Su naturaleza ficticia le fue de gran ayuda. Es más difícil matar un fantasma que matar una realidad.¹⁴

Al llegar aquí, nos podíamos preguntar a qué viene la insistencia en un tema y un momento histórico que quizá ya estén más que superados. ¿Por qué esta delectación en lo literario? O bien pensar que las mujeres ya hemos superado esos reductos de la cultura patriarcal adobada de estilo victoriano, que hemos recorrido un largo camino desde los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Y es cierto que hemos luchado y conquistado bastantes derechos, aunque todavía no exista una igualdad ante la ley, o bien esa ley se quede en el papel y no acabe de cumplirse, o los jueces la interpreten y la apliquen, en más de una ocasión, para penalizar en vez de defender a las mujeres, cuando solo se trataría de cumplirla sin prejuicios ni desvíos. ¿Por qué interesaría reflexionar y escribir sobre el Ángel de la Casa a estas alturas? ¿No se tratará en realidad de un problema que se debería resolver de manera más privada, individual, dentro del hogar si existiera?

Naturalmente, podríamos decir que en la actualidad hay problemas más acuciantes por resolver, por los que luchar. Todavía está por conseguir en la práctica el derecho a un trabajo digno y un salario igualitario, así como un paro y una pensión; la eliminación de la brecha salarial de género; un buen funcionamiento de las medidas de conciliación familiar y laboral. ¿Qué ocurre con el trabajo doméstico, quién se hace responsable de él? ¿Y los cuidados de los niños, de los mayores, de los enfermos, a quién se les destina? ¿Y con el techo de cristal? ¿Qué ocurre con la ley del aborto que tanto cuesta conseguir en ciertos lugares y que allí donde se aprobó democráticamente siempre están las fuerzas vivas, hipócritas, intentando destruirla, retroceder al pasado? ¿Y cómo se resuelve la existencia de la prostitución en sí misma y su relación con el proxenetismo, la trata y la violencia sexual hasta llegar al asesinato? ¿Por qué en la práctica no se protege suficiente a las mujeres contra la violencia machista, contra la violación? ¿Por qué no se castigan como corresponde a los culpables? ¿Cómo se tratan los derechos del colectivo LGTBI, en muchos países del planeta condenados con la prisión o con la muerte, y en los democráticos con derechos reconocidos cómo es que no se les protege de los ataques de homofobia? ¿Y los derechos de las personas transexuales? ¿Y la situación de las mujeres y niñas en demasiados países, sin ningún valor, sin ningún derecho, como objetos, como desechos y sometidas a las tradiciones más terribles de dependencia de los maridos o los padres, a los castigos más viles con la complicidad de las propias familias y hasta la condena a muerte? ¿Cómo se investiga y se resuelve el robo de bebés de otro tiempo? ¿Cómo se apoya y se crea solidaridad con las mujeres migrantes, etc.?

Sí, todo lo mencionado, más lo que se queda por nombrar, es actual, candente. Pero lo que podemos derivar del Ángel de la Casa, no es gratuito y no es solo familiar o personal. Por otra parte, hace mucho tiempo que aprendimos que lo personal es político, y como político se ha de tratar y combatir. El feminismo siempre será una lucha colectiva y solidaria.

Si en lo que se refiere a los aspectos materiales, las injusticias, las desigualdades, se pueden localizar más fácilmente y cuentan con una larga experiencia de lucha, los problemas que generan las relaciones familiares y personales, los fantasmas, son más difíciles de detectar y eliminar. Están tan bien ideados y aplicados a la vida de las mujeres por la cultura patriarcal y los intereses capitalistas, tienen tantos años y recursos, que estas hasta llegan a pensar que todo es normal, que así es la vida, o que se lo merecen. Se les ha dicho tantas veces para minar su ánimo, que llegan a aceptarlo por inercia, por miedo, por impotencia, por falta de autoestima provocada, o de seguridad para hacerles frente. Los fantasmas invaden el espacio psicológico, el espíritu se impregna de los valores impuestos que han moldeado la existencia de las mujeres, de tal manera que sobreviven al tiempo y a los lugares. Modificados si se quiere, más sofisticados, más

¹⁴ Virginia Woolf, "Profesiones para la mujer", en *Las mujeres y la literatura*, ps. 69 y 70. Y en "Professions for Women", mencionado anteriormente. Rendered into HTML on Wed Oct 30, 2002, by Steve Thomas for The University of Adelaide Library Electronic Texts Collection. Visitado el día 4 de marzo, 2023. Traducción de I.R.G.

subliminales, a medida que avanza la deshumanización de la sociedad, la soledad, la falta de solidaridad, las leyes de la producción y el consumismo con sus falsos espejismos a la población y, a la vez, triunfan las nuevas tecnologías, los medios, las herramientas del sistema que tanto poder manejan para transmitir los designios de aquellos a los que sirven.

No puedo dejar de pensar en la violencia machista ejercida en el hogar, la tortura que implica y, sin embargo, el aguante de muchas mujeres, la resistencia a denunciar a sus maltratadores. Es cierto que con frecuencia no disponen de independencia económica del marido o la pareja, que hay hijos por medio, que no tienen adonde ir, que han sido amenazadas y golpeadas brutalmente, o que si han denunciado no les han hecho caso, o no han recibido la ayuda adecuada por parte de los servicios oficiales anunciados. Todo ello sin olvidar que, afortunadamente, la situación ha mejorado bastante gracias a la creación de organismos por parte de los gobiernos democráticos para estos fines. Aun así, puede que los jueces dicten sentencias de alejamiento, pero no se explica que los maltratadores las incumplan, que puedan hacerlo y que no se les vigile para evitar, en muchas ocasiones, los asesinatos de sus ex parejas, hasta en ocasiones en presencia de los hijos. Pero lo más importante de todo, para poner fin a las situaciones de esta violencia, la mujer tiene que denunciar o no hay causa. Y todavía hay muchas que no se atreven. Como todavía hay muchas mujeres que disponiendo de preparación, de trabajo y medios económicos, de clases más favorecidas, tardan mucho tiempo en atreverse. Se les ha destruido su dignidad, su autoestima, las han cosificado, las han convertido en un objeto propiedad del maltratador y hasta es frecuente que les hayan inducido a pensar que ellas tienen la culpa de la violencia que se les impone, o que se la merecen.

Otro caso terrible es el de las violaciones. Las mujeres tienen que denunciarlas, tienen que afrontar situaciones muy duras para demostrarlo y que se las crea. Diariamente las noticias de los medios son sobrecogedoras, tales como hemos oído recientemente de una violación en grupo a una menor de 11 años por parte de menores en los servicios de un centro comercial, y después el calvario para que la justicia actúe como le corresponde. Por eso las leyes avanzadas y defensoras de los derechos de las mujeres son tan necesarias y esperanzadoras. Pero tampoco olvidemos que, por lo general, antes de cada ley progresiva promulgada hay una larga batalla feminista que ha tenido eco en la sociedad, y que defiende a ultranza algún grupo político, alguno o alguna de sus portavoces. Precisamente en España la ley de “Solo sí es sí”, aprobada en el 2022, que hace referencia al consentimiento antes de cualquier interacción sexual, en la que los actos sexuales no consentidos se considerarán agresiones con independencia de si medió violencia o intimidación y pasarán a ser delitos, fue muy bien recibida. El deseo ausente de la persona era la prueba más fehaciente en los casos de violación, gran avance para las mujeres. Desafortunadamente, el día 7 de marzo pasado, víspera del Día Internacional de las Mujeres, el PSOE (Partido Socialista Obrero Español) saca adelante la reforma de esta ley, con los votos del PP (Partido Popular), la derecha, y la de otros, oponiéndose a su socio de gobierno, Podemos, y directamente a la Ministra de Igualdad, Irene Montero, que había sido la principal artífice de la ley hace un año. En ella se considerará si ha habido violencia o no para la pena. Que no es lo mismo, por supuesto, pero que recuerda los viejos tiempos, o según los jueces no tan viejos, de aquellos atenuantes para el agresor sobre si había sido provocado por la mujer, si esta llevaba minifalda, o si su manera de vestir era indecorosa, si ella se lo buscó porque era lo que perseguía, adónde iba a aquellas horas y sola por la calle, etc., etc. Porque ¿quién decidirá si hubo violencia, la víctima? No, claro. Le han negado la palabra del no consentimiento. Lo harán “los expertos”.

Planea sobre todos los fantasmas, no el comportamiento patriarcal victoriano en su totalidad, porque pocas mujeres hoy día aceptarían que tienen que dedicar su vida por entero al marido y a los hijos, que no dispone de pensamientos propios ni autonomía, ni deseo, por ejemplo, pero sí aceptarían en definitiva, en mayor o menor grado, el discurso de aquella relación: es decir, la que crea la superioridad de un sexo sobre otro, el que dicta su poder y llega a conseguir del segundo sexo la obediencia correspondiente, o bien la autocensura. Y que en caso de no aceptar estas, por lo que respecta a las relaciones afectivas, la dedicación, los cuidados a los otros, etc., crear la culpa en las mujeres. Hay muchas maneras de modelar a la víctima.

Me gustaría comentar alguna vivencia personal, como ejemplo de comportamiento de entrega, de dedicación a los otros, frecuente en las mujeres sobre todo de una cierta edad, teniendo en cuenta que se nos educaba en los valores retrógrados de la dictadura franquista. Se trata de un caso leve de fantasma, pero persistente, no superado a pesar de ser consciente de él, de su origen y de su alcance, que he observado en bastantes otras mujeres de mi edad e incluso más jóvenes.

En una ocasión, unos dos años antes de declararse la pandemia, accedí a una entrevista que me haría una joven presentadora para un programa de radio de Valencia, “Una cambra pròpia” (“Una habitación propia”); ella había conducido con éxito un programa de libros en nuestra televisión autonómica, con el mismo nombre. Era muy viva y tenía presencia ante las cámaras, actuaba con gran desenvoltura. Me costó bastante aceptar porque tengo una especie de miedo escénico, o equivalente, en este caso radiofónico, y además soy crítica conmigo misma -”igual haces el ridículo”- y con quien me entrevista -”¿le interesará de verdad, lo habrá preparado o solo ha de cumplir con su trabajo”-. El caso es que cuando entro en materia me despreocupo y todo suele ser bastante agradable. Se percibía que la presentadora había preparado una buena entrevista y había leído bastante sobre mí. Hablamos de mi vida, los intereses, las publicaciones, la escritura, el feminismo, mi poesía, la de otros, etc. Y cuando ya estaba acabando, para hacer honor al nombre del programa, era de esperar, me preguntó si yo tenía una habitación propia. Y me quedé algo parada porque anticipé que, después de presentarme como feminista histórica, por decirlo de alguna manera, y defender todas las condiciones materiales idóneas para el acto de creación, además de las inmateriales, que he comentado aquí, iba a decepcionarla. Y lo lamentaba por anticipado. Le dije, después de respirar profundamente, que sí. Que tenía una habitación propia en el piso de arriba, no muy grande, donde estaban las habitaciones de dormir, donde tenía mis libros y demás cosas personales, con su puerta que podía cerrar cuando quisiera y estar independiente y tranquila. Con una ventana por la que podía ver el cielo, el sol, el día, algunas plantas y a veces algunos delicados gorriones, o los terribles estorninos que lo ensuciaban todo y que tomaban posesión de cada chimenea con actitud, digamos, patriarcal chulesca, en la primavera. Pero que también había mirlos a los que podía oír cantar por el respiradero del cuarto de baño cercano a mi habitación, que daba a una chimenea *ad hoc* hasta el tejado. Hasta aquí todo iba bien. Pero, añadí a continuación, que también tenía otra habitación, más grande, en realidad el salón y comedor familiar, cuya mesa utilizaba para trabajar y luego se usaba para comer todos, que estaba cerca de la cocina. Y así, mientras leía o escribía -y en años pasados también corregía exámenes de mis alumnos y alumnas- podía vigilar la comida, que no se consumiera el caldo, que ya estuviera todo guisado, que tuviera el sabor que yo perseguía, etc. etc. Además, en otras ocasiones, si las ventanas estaban abiertas, continué, podía vigilar si la lavadora que estaba en el patio de abajo, ya había acabado y debía ir a tender la ropa. Creo recordar que se hizo un silencio en el que la entrevistadora no sabía qué decir. Yo lo sentí por ella. Me pareció percibir a través del teléfono una decepción, o una cierta incredulidad como: “¡No puede ser!”, o algo parecido. Entonces quise arreglar la situación y dije: “Mira, es muy difícil deshacerse de un lastre recibido durante tanto tiempo, por el tipo de educación, aunque en la teoría tengas las cosas claras. Sí, para mi edad, aunque sea feminista convencida, este comportamiento se repite y es incómodo por las interrupciones. Imagino que para las mujeres de vuestra edad, por suerte, para mi hija también, ya es diferente. Y no es una queja, añadí. Es una constatación.” Más o menos le dije algo así. Y creo recordar que no me hizo ningún comentario, sino que ya se agotaba el tiempo de la entrevista, era el final, y nos despedimos amistosamente y con agradecimientos. Siempre se me podrá objetar que mi pareja prestaba su ayuda, o que unas cuantas horas a la semana ayudaba en la casa una empleada de hogar. Y es cierto, pero no debe pasar desapercibido que su comportamiento no era igual que el mío y que donde hay quien “ayuda”, siempre hay un “responsable” que se “suele encargar de”. En el ámbito que me ocupa, generalmente una responsable.

Podríamos mencionar otros ejemplos. El año, 2019 se publicó el libro de Virginia Woolf, *Matar l'Àngel*, traducción al catalán y epílogo de la poeta, traductora y crítica literaria, Mireia Vidal-Conte,¹⁵ que me llenó de alegría por las coincidencias, ya que se trata de una selección de seis textos o conferencias de carácter ensayístico cuyo contenido en general es el que su título indica, aunque reflejándose las alas del Ángel por lugares y ocasiones más allá de la sala donde la escritora inglesa pretendía escribir libremente.

¹⁵ Angle Editorial, Barcelona, 2019.

Abre la lista la conferencia ya citada, aquí en catalán como “Professions per a dones”, (“Profesiones para mujeres”) en la que Virginia Woolf relata su lucha y triunfo sobre el Ángel de la Casa. Me alegré, en un sentido, porque vi que la temática de mi “escrito pendiente”, hasta este momento en que por fin lo escribo con mucha motivación para las mujeres colombianas que tengan a bien leerlo -aunque no solo para ellas-, era de bastante actualidad. O como mínimo, reaparece cuando menos se la espera en nuevas ediciones, con prólogos y epílogos interesantes, reseñas, etc., sin obviar la narrativa y la gran cantidad de personajes ficticios que dan cuenta de las prohibiciones e intereses impuestos a las mujeres.¹⁶ Y no pienso así porque crea que es una cuestión relacionada con la moda, precisamente, sino porque lo está con la realidad que sigue afectando a las mujeres y que corresponde denunciar.

Me alegré cuando se publicó este libro, porque además de la selección y traducción de los textos, me resultaba muy familiar lo que Mireia Vidal-Conte, mucho más joven que yo, relataba en el epílogo, “Matar la casa”. Es interesante y coincide con lo que expresa cuando dice que consigue tiempo solo para ella cuando llega el verano y escribe “*amb total plenitud i amb absoluta predisposició mental i anímica*”; sin embargo continúa:

Pero es cierto que llevo encima una mochila que yo no he visto en muchos escritores que han sido educados (¡a menudo, por las mismas mujeres!) como si una figura femenina “de atenciones y cuidados” existiera (o tuviera que existir siempre) a su alrededor y que, por tanto, alguien hará lo que alguien hace siempre. Me refiero a todo lo que implica el hecho de vivir en una casa, las tareas domésticas. Ellos, normalmente, pueden olvidarse con facilidad de tener la casa limpia y arreglada. Pueden existir sin que el espíritu de orden y limpieza forme parte de su ADN.¹⁷

Creo que hay que celebrar que las mujeres de todos los tiempos hagan por matar el Ángel, o los Ángeles, propios, que por otra parte no son enteramente privados sino bastante colectivos. Al respecto, no puedo dejar de mencionar a Maria Aurèlia Capmany (1918-1991) reconocida y admirada novelista, dramaturga, ensayista, traductora, guionista, feminista, activista cultural y antifranquista barcelonesa que, en una de sus *Cartes impertinents*, (1975), “D’una assassina a una dona de bé” (*Cartas impertinentes*, “De una asesina a una mujer de bien”), se hacía eco del asesinato que proclamaba su admirada Virginia Woolf.¹⁸ Después de recibir los rapapolvos suaves del Ángel animándola a ser comprensiva y amable, a decir cosas bonitas, un día se miró en el espejo y descubrió con terror que ya no existía. En vez de su cara decidida y áspera, le devolvió una cara tierna, medio dolorida medio extasiada. Entonces descubrió que aquella era su muerte, su desaparición definitiva. Maria Aurèlia Capmany también fue capaz de asesinar al Ángel. Y se dirige a las mujeres de una manera clara y contundente, pero también, liberadora, para que sigan ese camino:

Aplicate la historia, señora de bien, y créeme: si quieres hacer alguna cosa buena en este mundo, y no te resignas a ser un esbozo de persona, asesina al ángel del hogar: solo así empezarás a vivir.¹⁹

Hago mías sus palabras, y me dirijo a las “mujeres de bien”, o a cualquier otra que pueda estar bajo el influjo de su propio fantasma. Hoy se puede conseguir. Ya no estamos solas, existen las batallas colectivas y lo que hemos venido a llamar sororidad.

València, marzo, 2023

¹⁶ Véase, por ejemplo, Virginia Woolf, *Matar al Ángel del Hogar*, Traducción de Alberto Gómez Vaquero, Prólogo de Luna Miguel, Editorial Carpe Noctem, 2021.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 104. Traducción de I.R.G.

¹⁸ En sus ensayos y memorias, nombra sobre todo la admiración por *Tres guineas*; su novela *Quim/Quima* la encabeza una carta a Virginia Woolf y con un personaje creado a imitación de Orlando, “que cambia de sexo también, a lo largo de la historia de Catalunya, desde el año 1000 hasta el siglo XX”. Montserrat Palau Vergés, *Maria Aurèlia Capmany. Escriure la vida en femení*, Arola Editors, Tarragona, 2008, p. 102.

¹⁹ “Aplica’t la història, senyora de bé, i creu-me: si vols fer alguna cosa de bo en aquest món, i no et resignes a ser un esbós de persona, asesina l’àngel de la llar; només així començaràs a viure”. Citado en *ibidem*. Traducción de I.R.G.